

quedándose ella sin nada. Era una simpatía más que la unía á Mariano, al pródigo, al perdido...

Vino al fin el Notario; llegó la hora de que los hermanos liquidasen definitivamente. Aquel día toda la casa tomó un aire de misterio y gravedad. Cada palabra parecía tener especial y serio significado, aunque Mariano alardease de su habitual alegría y descuido.

Ambos hermanos, en el fondo, estaban satisfechos; Miguel se veía por fin dueño indiscutido de lo poco ó mucho que después de la liquidación le quedase; Mariano se veía ya en ciudades vibrantes del extranjero, donde el oro rueda en los grandes Casinos y la vida es más intensa, más complicada y rauda, y más delirante la orgía... Se veía con Finafrol del brazo, pero una Finafrol transformada, sacada á luz como diamante que el diamantista talla y monta al aire en delicada montura... Una Finafrol cuyo rubio cabello había convertido un peluquero en espuma de Champagne; cuyo cuerpo, espiritualizado, se adivinaba entero, flexuoso y mórbido, bajo las telas plegadas por el gran modisto, y cuyo rostro, en vez de la frescura que presta el aire libre, mostraba esa ligera y graciosa fatiga, esas tintas malva suave en el cerco de los ojos, que descubren la alteración de los nervios en la exaltación de la dicha... «Yo la lanzaré»... Ni por un momento se le ocurría á Mariano que la idea fuese monstruosa. Al contrario: juzgaba tan natural sacar á luz la belleza de una mujer, como enviar á Milán á un rústico que tiene

voz de tenor, ó á Roma á un mozalbete que empieza á manchar lienzo. ¿Cuánto mejor era para la niña mendiga el porvenir brillante, la suerte de una Otero ó una Cleo de Merode, que acomodarse en la fábrica, soltar cada año un chico, desfigurarse, andar en chinelas, y engordar? No: lo estético, era lo que él se proponía hacer de la vagabunda, cuya poesía adivinaba, cuyo retrato presentía en tarjetas postales, en los escaparates de las tiendas de París.

Firmado el contrato, se estipuló la entrega. Se convino en pasar al día siguiente á Marinada, á recoger la suma, y que el mayor la pusiese en manos del menor. Los dos hermanos irían juntos, y allá se ultimaría el negocio.

Pero cuando Miguel se presentó dispuesto á marchar, Mariano se quejó de dolores en las piernas, una antigua afección, que á veces remanece. Sin desconfianza, Miguel partió. No volvería hasta realizar facturas y descontar pagarés para juntar la suma completa. Estos pellizcos nunca se sufren sin dolor. ¡Hacen pupa! El fabricante partió malhumorado... Apenas hubo desaparecido, Mariano se sintió mejor súbitamente, levantóse, se acicaló con el airoso descuido que acostumbraba, y que acentuaba lo original de su tipo, el atractivo de su cabeza rizada y su faz descolorida. Su camisa de seda descubría la garganta fina, sin nuez, como de mujer, y de su persona se exhalaba fragancia de cuero de Rusia y tabaco escogido, la fragancia que entre otras mil reconocería Finafrol.



Bajó al huerto. La niña estaba allí, ocupada en atar con bramante trozos de caña á las patitas de un pollo nacido hacía pocos días, y que empujado por el gallo impaciente de cortejar, se había quebrado el hueso contra una piedra. La gallina, inquieta, daba vueltas alrededor de la niña, dudando entre saltarla los ojos ó agradecerla su cuidado. El ciego, sentado al sol, picaba tabaco con la uña.

—Ahí está ese espantajo—pensó el joven Amorós, frunciendo el ceño. No era la primera vez que notaba que el viejo se interponía siempre entre la muchacha y él, procurando no dejarla sola un instante. Y acercándose al ciego, le metió un duro en la mano, murmurando para sí: —¡Ungüento eficaz!

—Váyase—le dijo—á echar unas copas á mi salud, hoy que ya se acabó la cuestión con mi hermano. ¡Eso hay que mojarlo, hidalgo de la Espadanela!

—Se estima, señorito—contestó el viejo, que guardó la moneda, pero permaneció inmóvil, como si no entendiese.

—¡En vez de estimar, lárgate á beber!—ordenó ya impaciente Mariano.

—¿Tiene muchas ganas de que me vaya?—preguntó con extraño tono el tío Amaro.

—Si piensas que es muy divertido tenerte delante, con esa jeta!—respondió entre colérico y risueño el mozo.

El ciego se levantó sin añadir palabra, y con su paso zopo y su cabeza erguida, vigiladora, se retiró lentamente por la puerta de la cocina.

Mariano, inmediatamente, se acercó á Finafrol, y la auxilió en la piadosa tarea de entablillar la rota patita del ave, que parecía una bola de seda color amarillo pálido, donde hubiesen clavado dos alfilericos negros—, los vivos ojos.—El seno de Finafrol, al tener tan próximo á Mariano, al sentir su aliento que la acariciaba de cerca, se alzaba y deprimía con angustia deleitosa; el corazón parecía á veces pararse, otras saltar como si lo atrajese una aguja magnética. Temblaba aquel corazón nuevo y ardoroso, lo mismo que oscila un rubí de fuego pendiente de sutil cadena. Finafrol era una criatura natural, indefensa, con la fe sublime del salvaje. El amor la encontraba preparada y combustible, mies áurea que el sol encendía.

—¡Deja ya en el suelo el pollito; la madre te va á picar!—insinuó con dulzura mimosa Mariano. Y, en apasionado murmurio, añadió:

—No lo mires tanto, no lo cuides tanto, no lo llegues á la boca, que tengo celos...

Para disimular la confusión, Finafrol soltó una risa de cascabel de plata; y entonces, ni tardó ni perezoso, Mariano se inclinó y bebió, sorbió la risa joven en su puro manantial...



## XII

Miguel volvió á medio día. Traía la suma completa, en un cheque del Banco marinedino. ¡Traía la suma! ¡Desmembrando aquel capital, orgullo y medula de los huesos de un negociante honrado, entregaba á la ociosidad y á la disipación su presa...; pero quedaba libre, seguro, cubierta la obligación, despejado el horizonte, clara y bien puesta la formalidad de la casa Amorós... ¡La suma! A entregarla sin demora...

Cuando se vieron los dos hermanos, después de que Mariano hubo embolsado el cheque, sintió Miguel tentación de predicar un poco, de dar algunos consejos al dilapidador, de comunicar su espíritu serio y positivo, de condenar de antemano el uso que Mariano haría de la cantidad... Y, á su vez, el hermano menor, ya sin interés alguno en guardar consideraciones; encontrando—como suele suceder en casos tales—que salía perjudicado, que la cantidad, ahora al tenerla en la mano, resultaba exigua, no refrenó un impulso de zumba, de ironía, de malevolencia cruel.

—¿Sabes? Eramos mal pensados... Finafrol, una santita: ni con el ciego, ni con nadie... Lo sé de fijo... Capullo cerrado...

Hay bofetones brutales que por su misma furia más aturden que duelen al pronto. Miguel quedó atontado del porrazo. Tardó algunos segundos en entender lo que oía. De pronto se puso granate: la indignación, el despecho, congestionaron su cabeza. Tartamudeaba al exclamar:

—¡Vete de aquí! ¡Vete... de aquí hoy mismo! ¡Ya no te... debo nada! ¡Eres un mal hombre, un pillastre! Tengo á menos ser tu hermano, ¿lo oyes?

Mariano, en vez de enojarse, reía malignamente, con mezcla ofensiva de burla y compasión.

—¿No me dijiste que no pensabas casarte con la rapaza? ¡Pues entonces! Mira, hermanito, no me vengas con palabras retumbantes, que nos conocemos. ¡No es culpa mía si te he ganado por la mano! ¡Bah, ganar! ¡Si tú no entiendes ese tinglado ni lo entenderás nunca... ¡Dame consejos, dame! Metido en este aburrido de Areal; rompiéndote la cabeza en llevar cuentas; trabajando como si fueses un jornalero..., y cuando pasa lo único bueno de la vida, una mujer guapa, soy yo, el vago, el inútil, quien la consigue... ¡A qué tanto matarse y afanarse y ahorrar! ¡La vida es corta!

Y, sonriendo con aquella simpática expresión suya, que haría que todo se le perdonase, si un celoso pudiese perdonar, añadió:

—Al menos, eso dice el cuco-rey...

—¡Déjame en paz!—gritó Miguel perdiendo los estribos—Te vas—insistió—, y te la lle-



vas. No la quiero más aquí, á esa raída. Carga con ella, si se te antoja... y pronto.

Otra vez sonrió el tronera.

—¡Mañana, hijo, que hoy no hay coche...! ¡Si creías que pensaba establecerme en este precioso Areal!

Salió, buscó á la niña, y la avisó.

—Oye, márchate en seguida: mi hermano está furioso.

—¡Ay, mi alma!—suspiró la niña — No le temo yo al señorito Miguel, que no es capaz de una maldad; le temo al tío Amaro... Desde que se largó ayer y nosotros quedamos cuidando del pollito...

—No, no quedamos sólo para eso...

Se encendió la cara pálida de la chiquilla.

—Bueno, desde que se fué..., no sé qué le pasa... Yo que le conozco... ¡Anda como loco! ¡Téngole mucho miedo! ¡Vámonos á pie, á casa de ña Gregoria!

—No mujer; yo impediré que ese cazurro te haga una trastada. Te vas..., te diré á dónde: á casa de Andrea la fondista. Di que vas de mi parte; ella me complace en todo; toma este billete de á cien; que no te falte cosa ninguna... ¡Y mañana me esperas en la carretera, en la revuelta, donde el molino, escondida en el soto; montas en el coche..., y rieta del viejo, y de Miguel, y de todo el mundo!

¡Cuántas veces recordó Finafrol estas apresuradas instrucciones, dadas entre dos besuqueos rápidos! La oculta ley que rige el destino de los hombres, las puso en boca de Mariano,

para abrirle al hado y á la fatalidad la senda de lo que estaba escrito...

Salió de la fábrica el ciego de Espadanela, á la hora acostumbrada, en busca del que era ahora su inseparable amigo, Nordés el marinero. Le pagó como todos los días unas copas, después de haber sacado de debajo del capote pedazos de queso y pan, dádiva de Reimunda, con los cuales el marinero acalló su hambre. La conversación fué grosera, de beodos; maldijeron de las mujeres y de los ricos, el ciego sombríamente, Nordés con lugares comunes de pordiosero. Después se cuchicheó de algo más serio, más íntimo, y el ciego arrastró fuera de la taberna á Nordés, llevándole adonde sabía que se exaltaban sus pasiones de hombre inculto que se cree ofendido y burlado: al lado de la barca que había sido suya.

—Hoy ya te puedes advertir en abarrenar, rapaz—dijo el mendigo—. Hoy ya no sale á la mar el señorito Mariano, porque se ha largado; no está en el pueblo. Y quien sacará mañana la embarcación será el Lapa. Y la embarcación se le hundirá; y no sabrán cómo fué; pero el Lapa ya nadará, hombre.

—¿No ha de nadar? Como un pancho.

—Pues aprovéchaté. No se han reir más de ti, usando la barca que te robaron.

Nordés hizo un guiño de asentimiento, y se metió, como siempre, dentro de la barca á pretexto de dormir en ella su siesta *canónica*. El ciego se alejó en dirección á los peñascos; en la playa andaba bien tentando con el garrote, sin



necesidad de lazarillo. A poco retrocedió, y tendió su oído sagaz, su oreja peluda de raposo en acecho. Un ruidito, como de ratón que roe, sonaba dentro de la barca. El de Espadanela husmeó con inquietud si alguien atisbaba igualmente. Pero nadie andaba por allí, sino algunos chicuelos recogiendo caracoles y formando montones de arena, y allá muy, muy lejos—la playa es enorme—, unos marineros recosiendo y remendando redes. Por la carretera, á la cual formaba parapeto el malecón, pasaba algún trajinero en su borrico, sin detenerse á admirar la hermosura del playal extenso, igual, magnífico, hecho de polvillo de ocre delicado, que al sol parecía limadura de latón, y la de aquella mar verdosa, colérica ya, como si sintiese el ramalazo del fraile, el terrible cordonazo equinoccial de San Francisco.

Mariano—un poco poeta á sus horas, después de los excesos más aún—sintió esa impresión penetrante y fuerte cuando salió á la playa aquella tarde, un poco antes de ponerse el sol, la hora de su paseo por mar. Nunca tan grandiosa le había parecido, ni el oleaje tan majestuoso en su sorda inquietud, ni tan sugestiva la voz de la marejada. Era, sin duda, que se disponía á alejarse para siempre de Areal—ahora sí que iba de veras; tenía resuelto no volver nunca; ¿para qué?—; y las memorias de la niñez, y esa especie de melancolía que infunde todo lo consumado, lo que no ha de reproducirse, le asaltaron en el momento en que el tumbo de las olas, fúnebre y ronco, llegó á sus

oídos. A punto estuvo de renunciar á su paseo, volverse y echarse sobre la cama, que es lo que hacía cuando apretaba el fastidio. Pero una especie de impulso, que no hubiese sabido explicar, le atrajo hacia la barca, en aquel momento puesta á flote por la subida de la marea, y amarrada al parapeto del malecón. El mar le llamaba, en voz profunda y capciosa, y el reflejo rojo del sol, roto en mil culebreos, como los trozos sangrientos de una lampreo, le atraía, le convidaba á la última excursión por las aguas que no volvería á surcar.

—¡Ea!—murmuró para sí—¡Despidámonos de la ría!

Saltó en la barca, y desamarró. Notó una sensación extraña: dijérase que había aumentado su propio peso, pues la frágil embarcación se hundió algo más que otras veces. Mariano escupió en las manos y agarró los remos. A la primer palada se animó: como siempre, el esquife obedecía y se deslizaba suavemente sobre las ondas algo encrespadas, sacudidas por el viento caprichoso.

No pensó Mariano en izar la pequeña vela. Prefería remar. Al llegar á la barra, veríamos.

Desde el malecón, una voz oscura, fatídica, le despedía. Era el tío Amaro, gritando:

—¡Dios lo vea ir, señorito!

Mariano apenas entendió las palabras. Remo ansioso, alejándose del parapeto. Ligeró estremecimiento corrió por su espinazo: el frío y la humedad de la mar, en el anochecer de otoño, le habían sobrecogido sin duda. En el mismo



instante, pudo aún divisar que un hombre llegaba corriendo al malecón. Aquel hombre, que era Nordés, y el ciego, hablaban, manoteaban; después, el ex marinero hizo gestos de loco, dirigiéndose á Mariano. Este alzó los hombros. No era la primera vez que aquel infeliz increpaba á los dueños de la embarcación, que seguía creyendo suya. Con vigorosas paladas, Mariano avanzó hacia la barra, que blanqueaba de espuma. Estaba lejos del alcance de la voz.

## XIII

Entretanto, el tío Amaro, á fuerza de razonamientos, acallaba al marinero beodo, pero espantado.

—No te metas, no te metas.... Estaba de Dios... Dios castiga sin piedra ni palo, hombre... Mira que te pierdes... Pobres de nosotros si gritas... ¡Vamos á la horca! ¡A la horca!

Detrás del grupo de los dos hombres, una figura esbelta surgió. Finafrol estaba allí: á pesar de la orden de Mariano, un afán inexplicable la empujaba á la playa. Acababa de ver á su amante saltar dentro de la embarcación; y medio entreoía las palabras del viejo, las exclamaciones mezcladas con blasfemias de Nordés. No entendía bien su significado. Pensativa, se acodó en el parapeto, cerca de los dos mendigos, cuya discusión terminó con un enérgico movimiento del

forzado ciego, arrastrando al marinero violentamente, como resá quien se lleva del testuz. «Vamos á echar una copa... Calla... Calla...»

Finafrol se quedó allí... El poniente, que suele calmar el viento, parecía haberlo desencadenado con furia. El retumbido del oleaje era pavoroso. El sol se hundía á lo lejos; un bando de gaviotas pasó chillando. La niña se acordó de la Virgen. «¡Ay, madre mía!» Después recordó lo reciente, la iniciación en el amor, la pena y el enojo de don Miguel al enterarse—, y una aflicción la enlutó el alma. Había hecho mal, muy mal; si ña Gregoria lo supiese, la maltrataría..., no, peor que maltratarla; la miraría con enfado silencioso...

Mientras la niña cavilaba así, Mariano, al compás de los remos, se dirigía hacia la barra, en la cual se encrespa el mar como si lo azotasen. Sus brazos, desde hacía un minuto, parecían que desmayaban, rendidos por extraña dejadez. Cada palada le costaba más trabajo; dijérase que ó el remo ó la embarcación se volvían de plomo. Se rehizo; apretó los puños, y dió animosas remadas de deportista, pero el esfuerzo parecía aún más penoso y difícil, y la embarcación creyérase que la sujetaban manos invisibles, según lo lento y renqueante de su avance. Mariano, rendido, soltó los remos y se enjugó el sudor, que la fría niebla del anochecer hacía glacial. La embarcación cabeceaba apenas... Sin embargo, en la barra habían entrado; el oleaje se embravecía. De pronto, el joven brincó asustado: acababa de notar que



tenía los pies metidos en un charco; la barca estaba inundada, casi sumergida.

Vió Mariano el espantoso peligro, en un relámpago de la imaginación. Lo que no pudo adivinar fueron los invisibles agujeros de espumadera que la barrena de Nordés había practicado, tapándolos con cera y serrín, con destreza de marinero viejo, carpintero á ratos. Al disolverse la mezcla que los obstruía, el agua había ido subiendo de una manera al pronto insensible; dentro de breves instantes, se hundiría la embarcación. Tenía tiempo Amorós de entender y no de remediar. Aunque fuese doblemente fuerte, no movería hacia la orilla aquel leño que le arrastraba al fondo...

Vaciló un momento; lo inminente de la catástrofe le cohibía: ni una idea. La noche había cerrado; no se veía sino la sábana obscura, agitada, infinita, rodeando la embarcación próxima á descender al abismo. Mariano no sabía nadar; sin embargo, un instinto le movió á intentar descalzarse. Las botas, mojadas, resistían... El náufrago levantó la mirada al cielo, y en el plazo de su agonía, entre la lúgubre queja del mar amargo, creyó oír de nuevo el canto profetizador del ave agorera... «Este año morirás.» Cerró los párpados, y dejándose caer por encima de la borda, ya casi al nivel de las olas, desapareció entre la sombría masa de agua salobre, donde blanqueaba vagamente el espumarajo.

Tal fué el fin de Mariano Amorós, por haber encontrado á Sidorina en un camino, cuando se descalzaba, y haberla mirado con ojos pecadores.

## INDICE

	Páginas.
Belcebú.....	5
Cada uno.....	75
La gota de sangre.....	131
Allende la verdad.....	193
Finafrol.....	257



CAPITULA







